



Una lectora nada común: Virginia Woolf

Luis Alfonso Argüello Guzmán

Question/Cuestión, Nro.71, Vol.3, abril 2022

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e686>

Una lectora nada común: Virginia Woolf

An un- common reader: Virginia Woolf

Luis Alfonso Argüello Guzmán

Universidad del Tolima

Colombia

plotino2080@hotmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-8799-4102>

Resumen

En este artículo se analiza el papel de Virginia Woolf como lectora, a través de sus reflexiones sobre la lectura, registradas en novelas, artículos, ensayos y el diario personal. Esta revisión revela que sus lecturas se desplazan entre el pasado y el presente de su tradición literaria, en presencia del tiempo contemporáneo. Está documentada con su ejercicio de escritura de ensayos, reseñas o artículos que surgen al combinar precisión, riqueza bibliográfica, claridad argumentativa y familiaridad con el propósito de afirmarse como guía de futuros lectores. Estos desplazamientos corresponden a un ejercicio intelectual de resistencia

en el que Woolf describe la importancia de las bibliotecas como un lugar donde se deben romper las tradiciones que refuerzan los privilegios y las exclusiones. Para el desarrollo de esta indagación se empieza con una selección de ensayos y artículos que contienen anotaciones sobre el oficio de leer. Las referencias de Woolf sobre el poder de las bibliotecas y los lectores son consideradas en novelas como *“las olas”* y *“Entre actos”*, en anotaciones del *“Diario”* y el *“Diario de una escritora”*, al igual que en libros como *Un Cuarto Propio*, *Tres guineas* y *una carta a un joven poeta*.

Palabras clave: Virginia Woolf; lectura literaria; crítica literaria; obra crítica; obra personal.

Abstract

In this article, the role of Virginia Woolf as a reader is analyzed through her reflections about reading which are registered in her novels, articles, essays, and her personal diary. This revision reveals that her readings move between the past and the present of her literary tradition in the presence of the contemporary time. It is documented with her exercise of writing in essays, reviews or articles, which emerge of combining accuracy, bibliographic vibrancy, argumentative clarity and familiarity, with the purpose of endorsing herself as a guide for future readers. These displacements correspond to an intellectual exercise of resistance in which Woolf describes the importance of libraries as a place where the traditions that reinforce privileges and exclusions must be broken. For the development of this revision it starts by a selection of essays and articles that have notes about the job of reading. Woolf's references about the power of libraries and readers are considered in novels such as *“The waves”* and *“Between the acts”* in notes from the *“The diary”* and *“The diary of a writer”*, at the same time, in books of essays such as *“A room of one's own”*, *“three guineas”* and *“A letter to a young poet”*.

Keywords: Virginia Woolf; literary reading; literary criticism; critical works

Introducción

En Virginia Woolf Leer es un acontecimiento íntimo, aunque de una profunda reflexividad, tanto que la figura del lector aparece como una pieza esencial del circuito literario en el que ella ha participado como novelista, ensayista, biógrafa y editora. En 1932 publica el ensayo *A Letter to a young poet* en el que afirma: «*For the first time in history there are readers—a large body of people, occupied in business, in sport, in nursing their grandfathers, in tying up parcels behind counters—they all read now; and they want to be told how to read and what to read; and their teachers—the reviewers, the lecturers, the broadcasters—must in all humanity make reading easy for them; [...]*». (Woolf, 1932, pp.8-9) (1). Aquí deja en claro que se debe reconocer la importancia del lector y por esto mismo que no se puede perder de vista su presencia al momento de escribir. Este reconocimiento se hace estilo de escritura en su obra, lo cual se puede especificar como registro cognitivo en su obra literaria, según corresponda a obras literarias narrativas, obras crítica de artículos y ensayos u obra personal de diarios y cartas, lo cual hace notar los rasgos estilísticos de las voces que gobierna su manera de escribir, al mismo tiempo que fija el rasgo intelectual de sus registros de lectura.

Este rasgo estilístico lo ha enfatizado Quentin Bell en la biografía de la escritora inglesa: «*for in A Room of one's own one hears Virginia speaking. In her novels she is thinking. In her critical work one can sometimes hear voices, but it is a little formal, a little editorial*». (1992, p. 144) (2). De esta manera, las voces que sobresalen en los registros de lectura son parte de un modo de leer que intenta responder a las circunstancias y el momento histórico. Aunque el tono es conversacional en sus reseñas, artículos o ensayos, la racionalidad de las opiniones registradas sobre un libro o un autor, mantiene una claridad argumentativa que alberga rigor bibliográfico y claridad expositiva.

En *Las olas*, Bertrand con la voz íntima del monólogo final, reflexiona sobre el papel de la lectura como un acontecimiento que facilita la comprensión del yo íntimo, del mundo circundante, de la época. El registro cognitivo de esta voz monológica resalta la envergadura de la lectura como acontecimiento de vida, lo cual orienta la escritura de este artículo sobre Virginia Woolf como lectora crítica. Se debe aclarar que «*Virginia Woolf era antes que nada una novelista, aunque a ella no le gustase la palabra “novela” aplicada a sus obras. Fue también un crítico, y un crítico apasionado*» (Forrester, 1978, p. 42).

Para esta aproximación se toman como fuente de estudio los ensayos, críticas y reseñas que contienen anotaciones sobre la lectura, al igual que novelas como “*las olas*” y

“Entre actos” que muestran el poder de la biblioteca como espacio de conflicto íntimo. además, se incorporan anotaciones de su “Diario íntimo” y del “Diario de una escritora”, además de reflexiones que aparecen en libros como “Un cuarto Propio”, “Tres guineas” y “Una carta a un joven poeta”

1. Del acto de leer

En Virginia Woolf leer es una ejercicio de intelecto y pasión cuya actividad conlleva tanto reflexión como placer en el instante de recorrer las páginas que atrapan su atención. Este es un recorrido dual por el pasado en presencia de lo contemporáneo que intenta desplazar la lectura erudita anclada en los privilegios de la cultura masculina hacia la lectura común que familiariza el acontecimiento de la lectura.

En este recorrido intelectual por las páginas de una obra literaria ella logra un metamorfosis que familiariza al lector con el texto leído e inicia una conversación con lo literario de una época, capaz de explicar su momento histórico. Por otra parte, este déficit es causado por la falta de acceso a la cultura letrada. Este diálogo se logra mediante la conversación de autores, libros y lectores y beneficia la aparición del elemento que se debe producir al leer

Una conversación en el mundo de la literatura, se diferencia poco de una conversación en el mundo de los modales. Tanto en la vida social como en la literatura es preciso disponer de un medio para tender un puente que salve el abismo media entre la señora de la casa y un desconocido invitado, entre el escritor y el lector. La señora de la casa recurre al tiempo, ya que largas generaciones de señoras han dejado bien sentado que el tiempo es un tema de universal interés, en el que todos tenemos fe. Comienza diciendo que está haciendo un mes de mayo infernal y, después de haber establecido contacto de esta manera con el desconocido invitado, pasa a temas de mayor interés. Lo mismo ocurre en literatura el escritor debe establecer contacto con el lector por el medio de ponerle algo que el lector reconozca, con lo que estimula sus imaginación, y le predispone a colaborar en el empeño, mucho más difícil, de llegar a la intimidad. Y es de suma importancia que se llegue a este territorio

común fácilmente, casi instintivamente, en la oscuridad y con los ojos cerrados.
(Woolf, 1977a, pp. 37-38)

El contacto del autor con el lector empieza creando condiciones para lograr familiaridad con la cultura letrada, lo cual se logra a través del deseo de leer junto a la posibilidad de tener a la mano el libro deseado. Así, el interés mutuo que se describe en un mundo narrativo leído, facilita que la imaginación ocupe el lugar de la simple curiosidad. Por esta razón, la imaginación compartida entre autor y lector es lo que facilita la familiaridad que permite la complicidad con los lectores. Para alcanzar la mediación del deseo se revela el poder de contar la experiencia íntima: tanto la experiencia íntima de la autora con sus momentos de vida como la experiencia íntima del lector con su propia historia fortalecen la intimidad como atributo mediador de lectura. Este encuentro cómplice permite superar la exclusión de la tradición literaria y promueve la familiaridad con lo leído, lo que produce una ruptura de los privilegios, para el caso de la lectura, del acceso a los libros de la biblioteca, lo cual es la primera piedra en la construcción del acontecimiento de leer

Este atributo adquiere notoriedad en un proceso de conformación de la individualidad a partir de las sensaciones que dejan los libros leídos. Esta primera etapa aproxima los dos mundos del lector y el escritor en la puesta en común del relato íntimo. Surge aquí la lectura que familiariza el mundo narrativo desde la experiencia íntima, en coincidencia o diferencia, mediante la identificación con el mundo narrativo leído. Comparar el mundo de lo leído con la experiencia de lectura es la segunda piedra de esta construcción letrada

“No basta comparar”, con estas palabras lo decimos todo, y reconocemos la verdadera complejidad de la lectura. El primer proceso, consistente en recibir impresiones con la máxima comprensión, es sólo la mitad del proceso de la lectura, y ha de ser completado, si es que queremos extraer todo el placer que un libro puede proporcionar, por otro proceso. Debemos juzgar las multitudinarias impresiones, debemos elaborar una forma sólida y duradera, mediante aquellas formas evanescentes. Pero no debemos hacerlo inmediatamente. Hay que esperar a que el polvo levantado por el libro se

sedimente, a que los conflictos y los interrogantes desaparezcan, hay que caminar, hablar, arrancar los pétalos de una flor, o dormir (Woolf, 1977b, p. 57)

La familiaridad, en el proceso de sedimentación de las impresiones emotivas que surgen del primer acontecimiento de lectura, es un mecanismo de acercamiento que evita el combate entre la huella subjetiva de las impresiones y el registro exterior de un comentario desapasionado. Pero, no es suficiente el acercamiento. En este recorrido asoma el germen de la reflexión como estrategia de superación de la lectura emotiva y se manifiesta el reconocimiento detallado de la confrontación del mundo narrativo como experiencia involucrada del lector. El proceso que sigue para remover las partículas emotivas que podrían obstaculizar una lectura reflexiva requieren un desprendimiento de las simples impresiones iniciales, un desapasionamiento.

Este desapasionamiento no quiere decir que existe desapego al leer, por el contrario, manifiesta el acercamiento familiar que provoca un interés particular por lo que se ha leído, a la vez que afianza el juicio que alienta el esfuerzo de continuar leyendo. En la lectora Virginia Woolf, la estrategia para lograr esta superación emotiva es confrontar lo leído en la tradición llena de privilegios de la cultura letrada de su pasado y confrontar al mismo tiempo los aportes de lo leído con su presente, para de esta manera elaborar los argumentos que inician las luchas internas y las batallas contra los privilegios de la tradición literaria.

Para la escritora inglesa leer es un acto de complicidad de luchas contra los privilegios excluyente de una tradición literaria, de ruptura con una cultura letrada. Esta complicidad es una tarea que evita la intromisión de voces que interfieren con el ejercicio intelectual de la lectura propia: «*leer como cómplice del escritor es recobrar las funciones naturales de la razón: el arranque de emoción, el juego de curiosidad, el impulso de recordar, la necesidad de equilibrio, el deseo de componer un todo*» (Gordon, 1986, p. 341).

Leer, según este hilo explicativo, es a la vez un acontecimiento intelectual; en este mismo sentido, el acto de leer es apasionado y racional, lo que facilita la complicidad de la reflexión con posterioridad al encuentro con el mundo narrativo. Esta complicidad, como lo manifiesta Lyndall Gordon, fortalece el recorrido que contiene los instantes de entrega del lector cuando se transforma en cómplice del autor. El trayecto entre el apasionamiento y la

racionalidad que contiene la lectura, es descrito por Virginia Woolf en un fragmento de “*Cómo leer novelas*”

Sentir emoción, regodearse con ella y arrojarla lejos conduce a la disipación en literatura igual que en la vida. Y si Flaubert, el más austero de los escritores, nos produce este placer, debemos reconocer que los efectos embriagadores de Meredith y Dickens y Dostoievski y Scott y Charlotte Brontë carecen de límites. O, mejor dicho, sí hay un límite, y este límite lo hemos encontrado una y otra vez en los extremos de la saciedad y la desilusión. Y si hemos de leerlos de nuevo, estaremos obligados a seleccionar. La emoción es nuestro material, pero ¿qué valor damos a la emoción? ¿cuántas diferentes clases de emoción hallamos en un relato breve, de cuántas calidades, y compuestas por cuántos elementos diferentes? En consecuencia, conseguir la emoción directamente, para nosotros es sólo el primer paso. Debemos catar el relato y acribillarlo a preguntas. Si nada queda, arrojémoslo tranquilamente a la papelera, y olvidémosnos de él. Si algo queda guardémoslo entre los tesoros del universo (Woolf, 1977c, p.146)

Leer, por consiguiente, es tanto un asunto de deleite personal como de interrogatorio dubitativo. Después de todo, la emoción lectora es un marcador temporal para que el lector acceda a la familiaridad con lo leído. No obstante, al ser un marcador temporal, la emoción lectora no es suficiente para lograr la comprensión literaria. Así, la voz interna del lector se ve reconocida en la página leída y es sintomática del auge de familiaridad que concilia la trama narrativa interna con la exterioridad de los acontecimiento, que en virtud de su condición personal es particular de la experiencia del lector.

Si la familiaridad es el fin último del acto de leer para el lector común, eso no quiere decir que una lectora como Virginia Woolf sea una lectora aficionada. Esta distinción lectora aficionada/lectora profesional no excluye la exterioridad de la experiencia del lector erudito/académico. El énfasis en el lector común radica en el propósito de escribir para que él/ella se oriente en lo que desea leer. Al respecto, en una entrada del diario fechado el 28 de noviembre de 1928 escribe:

Creo que debo leer Ibsen, Shakespeare, Racine. Y escribiré sobre ellos; porque ése es el mejor acicate, considerando lo que es mi mente; entonces leo encono y exactitud; de lo contrario sólo me deslizo; soy una persona perezosa, pero no: me sorprende y algo me inquieta la inhumana severidad de mi mente: el que jamás deje de leer y escribir; me obliga a escribir sobre Geraldine Jewsbury, sobre Hardy, sobre feminismo... demasiado profesional, con muy poco ya del aficionado soñador (Woolf, 1954, p.130)

En consecuencia, leer se afianza como un hábito que supera la simple rutina guiada por la curiosidad para transformarse en una actividad intelectual que, aunque hace de la pasión su cualidad primaria, produce un estilo libre que da orden a una reseña bibliográfica, un artículo sobre un escritor o un ensayo literario. Este orden surge de la precisión al leer los detalles, lo cual garantiza su abundancia de opiniones al escribir esa reseña, artículo o ensayo. Debería quedar en evidencia que Virginia Woolf no es una lectora aficionada, sino una lectora reflexiva que hace de la emocionalidad y la racionalidad los mecanismos a través de los cuales reivindica la formación del lector común.

2. De la crítica literaria y la reseña bibliográfica

Para la escritora inglesa el papel de lectora de las obras de su pasado literario adquiere movilidad, en la medida que la obra de sus contemporáneos le permite actualizar ese pasado. El planteamiento que se avizora en sus reseñas, artículos y ensayos es actualizar el valor literario de lo que ha leído al unísono con la puesta al día de la tradición literaria que ayuda al lector a tener familiaridad con la obra literaria. En esta puesta al día se define el rol de una lectora en la que fluyen tanto la mirada crítica como el deseo de escribir sobre lo que ha leído, siempre con el telón de fondo de la época histórica que actualiza la experiencia de lectura. Esta actualización de la experiencia a partir del libro es lo que hace contemporáneo el texto literario.

Escribir sobre lo que se ha leído y ubicarlo en el presente de la tradición literaria, ya sea para afirmarla o para atacarla, es el deber de la lectora crítica. La función de las reseñas bibliográficas, por lo tanto, es cumplir la tarea de actualizar la tradición y articular el valor literario

con los gustos que surgen en el momento de la confrontación con la página escrita. Toda reseña literaria que sale de sus anotaciones como lectora son crítica surgen de esa actualidad que confronta la tradición letrada. Esta confrontación permite el nacimiento del crítico y del reseñador bibliográfico de modo simultáneo.

Los caminos que eligen cada uno de estos actores del circuito letrado están determinados por el fin de sus lecturas, el tipo de obras que comentan y la temporalidad de la tradición en que se surge y desarrolla la trama narrativa. En Woolf este trayecto es recorrido tanto como autora, lectora, crítica y editora. En su visión de la crítica literaria asume la tarea de ser escritora polígrafa y lectora cómplice, para lo cual plantea una definición de reseña literaria

Puesto que las reseñas nacieron con los periódicos, esa historia es corta. *Hamlet* no fue reseñado, ni tampoco *El Paraíso perdido*. Había críticas pero críticas expresadas de palabra por el público en el teatro y por otros escritores en tabernas y gabinetes privados. La crítica impresa apareció, probablemente de forma cruda y primitiva, en el siglo XVII. Es cierto que el siglo XVIII resuena con los gritos y abucheos del crítico y su víctima. Pero hacia finales del siglo XVIII se produjo un cambio —el cuerpo de la crítica parece dividirse entonces en dos partes—. El crítico y el reseñador se repartieron el país entre ellos. El crítico —que el Doctor Johnson sea quien lo represente— se dedicó al pasado y a los principios; el reseñador tomó la medida a los libros nuevos según salían de la imprenta. A medida que fue avanzando el siglo XIX, estas funciones se fueron diferenciando cada vez más. Estaban los críticos —Coleridge, Matthew Arnold— que se tomaban su tiempo y espacio; y estaban los «irresponsables» y en su mayoría anónimos reseñadores que tenían menos tiempo y espacio y cuya difícil tarea era en parte informar al público, en parte hacer una crítica del libro y en parte anunciar su existencia. (Woolf, 2013, p. 200)

Tal división, entre crítico y reseñador, no es suficiente para delimitar el horizonte, aun cuando le asigna funciones temporales demarcadas con valores del pasado al crítico y valores del presente al reseñador. En relación con eso, la escritora inglesa todavía se encuentra en

disputa con su tradición, por lo que la demarcación de la dicotomía sigue sin superar el dualismo mismo del ensayo crítico y la reseña bibliográfica. En la práctica la publicación de ensayos y reseñas produce una asimetría entre su actividad intelectual reflexiva y el ejercicio editorial de publicar una reseña o un artículo en revistas y periódicos.

Lo anterior se ejemplifica en su puesta al día de autoras como Murasaki Shikibu en el que rompe con el molde que asigna la función del crítico para el pasado y del reseñador para el presente. En su actualización de la autora japonesa pone de presente su aporte al futuro de la narrativa moderna. La reseña que sale publicada en la revista Vogue en 1925, recoge la lectura hecha por ella a través de la traducción de Arthur Waley al inglés. Es relevante que una escritora del siglo XI sea reseñada en una revista de variedades y no en una revista especializada de literatura con un enfoque en el que sobresale el papel de una mujer escritora en el contexto de una época el que escribir era un privilegio masculino

All comparisons between Murasaki and the great Western writers serve but to bring out her perfection and their force. But it is a beautiful world; the quiet lady with all her breeding, her insight and her fun, is a perfect artist; and for years to come we shall be haunting her groves, watching her moons rise and her snow fall, hearing her wild geese cry and her flutes and lutes and flageolets tinkling and chiming, while the Prince tastes and tries all the queer savours of life and dances so exquisitely that men weep, but never passes the bounds of decorum, or relaxes his search for something different, something finer, something withheld (Woolf, 1994b, p. 268) (3)

Con esta reseña amplía el espectro de la tradición occidental y actualiza el canon de sus lecturas con el desbordamiento del esquema occidental sobre la escritura de narrativa, con lo cual logra una difuminación de las fronteras entre el pasado del crítico y el presente del reseñador. De esta manera moviliza en la práctica escrita lo que no ha logrado aclarar de sus hábitos lectores en el plano reflexivo. Al asignarle un papel futuro a la novela de Murasaki Shikibu, proyecta tanto el pasado del crítico como el presente del reseñador, lo que moviliza difumina los límites asignados a sus respectivos roles. Para la lectora crítica, la movilidad

temporal expone la evolución de los estudios literarios que logran superar el rol temporal del pasado asignado al crítico y el rol temporal del presente asignado al reseñador.

En esta superación del trabajo lector, la comprensión de una obra literaria acrecienta la función especializada, tanto del crítico como del reseñador, y le atribuye a cada uno la obligación de asignarle cualidades formativas al tránsito letrado: el crítico se detiene sobre la página que requiere explicación; el reseñador es ligero en su actuar porque debe convencer a un lector para que llegue a la lectura de lo reseñado. Estas dos polaridades chocan con el quehacer de una lectora interesada en explicar el presente de las obras literarias del pasado y la conexión con el pasado de las obras narrativas de sus contemporáneos.

Comencemos por aclarar la antigua confusión que se da entre el hombre que ama la erudición y el hombre que ama la lectura, y señalemos cuanto antes que no existe conexión de ninguna especie entre los dos. El erudito es un entusiasta sedentario, concentrado, solitario, que busca en los libros en su afán de descubrir una determinada pizca de verdad, en la cual ha puesto todo su empeño y todo su corazón. Si la pasión de la lectura lo conquista, sus ganancias menguan y se le escurren entre los dedos. Por otra parte, un lector ha de poner coto al deseo de aprender ya desde el comienzo; si el saber se le pega, excelente, pero ir en busca del saber, leer de acuerdo con un sistema, convertirse en especialista, o en una autoridad, que tiene todas las trazas de acabar con lo que preferimos considerar como una pasión más humana, una pasión por la lectura pura y desinteresada (Woolf, 2016: 11)

¿Es que, en los tiempos actuales, no hay alguien que pueda constituirse en guía del lector que reverencia como nadie a los muertos, pero que vive atormentado por las sospechas de que la reverencia a los muertos está vitalmente relacionada con la comprensión de los vivos? (Woolf, 1977d, p.173)

El problema interno a tal enfrentamiento es resolver las dudas de escritura de un ensayo, reseña o artículo que surgen al combinar rigor bibliográfico, claridad argumentativa en las opiniones expresadas y familiaridad con el propósito de afirmarse como guía de futuros

lectores. Por esto mismo, la publicación de la reseña o el artículo en un periódico es la condensación del anhelo de dar vida a un lector que sepa aprovechar la guía para enfrentarse al libro comentado. El desempeño como guía letrada tiene en su fuero la comprensión de la tradición literaria, con el aumento de posibilidades para acceder a la cultura letrada.

En este marco de sentido, la lectora ilustrada media en ese enfrentamiento al actualizar la tradición literaria para sus lectores contemporáneos con una mirada de la época que le ha correspondido vivir. La lectora que escribe para sus contemporáneos, al elaborar su reseña, ¿acaso no puede explicar ese pasado literario a la luz del presente?. A lo que Woolf teme es a resaltar lo insignificante o a menospreciar el pasado al redactar una reseña para el periódico o un artículo de revista. En una u otra circunstancia está en juego la labor de ser una guía que pueda orientar al lector común.

Para Virginia Woolf, el lector común aparece en el escenario de lo cotidiano en constante enfrentamiento contra las ilusiones y anhelos que chocan con la idea común de la cultura letrada como algo ajeno y distante de la cotidianidad. Este choque cultural es el telón que garantiza la formación de lectores comunes y restaura la familiaridad como propiedad elemental de la crítica literaria consignada en un artículo o una reseña. Tal propiedad es lo que guía su labor crítica transmitida en la escritura para un periódico o una revista con el fin de formar un lector común

El lector común, como da a entender el doctor Johnson, difiere del crítico y del académico. Está peor educado, y la naturaleza no lo ha dotado tan generosamente. Lee por placer más que para impartir conocimiento o corregir las opiniones ajenas. Le guía sobre todo un instinto de crear por sí mismo, a partir de lo que llega a sus manos, una especie de unidad -un retrato de un hombre, un bosquejo de una época, una teoría del arte de la escritura. Nunca cesa, mientras lee, de levantar un entramado tambaleante y destartado que le dará la satisfacción temporal de asemejarse al objeto auténtico lo suficiente para permitirse el afecto, la risa y la discusión (Woolf, 2009, p. 2)

El lector común, en oposición al erudito o el académico, tiene como labor de su ejercicio disfrutar de lo que lee, de tal forma que le permite la comprensión de su propios

deseos, logros y fracasos, lo que visibiliza sus gustos y rechazos. Para una lectora como Virginia Woolf, ahondar en esos gustos y rechazos es profundizar en la identidad individual (en reconocimiento del propio yo) y de la época histórica en que se desarrollan sus vidas. Su labor de reseñadora consiste en resaltar los valores actualizados de una obra literaria que acercan al lector común al reconocimiento de los rasgos distintivos de una época y genera un encuentro con los deseos del lector.

Por lo anterior, el encuentro entre la lectora que reseña (erudita) y el lector común se configura a través de la reseña misma. La reseña es una mediación que potencia el interés de un posible lector con esa historia literaria. El riesgo inherente a este ejercicio de crítica radica en que este último se quede tan sólo con la lectura de la reseña, lo cual aleja la lectura directa con el libro reseñado. Este alejamiento, por lo demás, esquiva el contacto directo con la obra literaria y profundiza la crisis de elección al interior de la cultura.

Traza de la cultura es tratado en la tercera carta de *Tres guineas*, en la cual aborda el alegato de la libertad intelectual en la educación femenina vinculada con el papel de la escritura y la lectura, en el que se relaciona este trazo con la aparición del público

[...] Es posible que es señora diga “¿y el público?” ¿Cómo puedo llegar a él sin poner mi mente en la máquina de triturar y convertir la en salchicha?”

Podemos tranquilizarla diciéndole: “el público, señora, se parece mucho a nosotros: vive en pisos, camina por la calle, y se dice que está cansado de salchichas, además. Arroje octavillas en los sótanos , exhíbalas en tenderetes, páselas en carretilla por las calles y véndalas a penique o regálas. Descubra nuevos métodos de abordar al pública: diríjase a personas individuales en vez de unirlas en masas que son monstruos de cuerpo informe y mente débil (Woolf, 1977f, p. 134)

Este asunto del público tiene un peso sensible en la demarcación de la diferencia entre ser una reseñadora de libros que guía lectores y una simple repetidora de contenidos parafraseados. Esta diferencia delimita una frontera entre el rol de la lectora crítica que reseña y un público a quien tiene en mente cuando la escribe. La formación de un público lector es un propósito de formación dentro de su tradición literaria. Como ha quedado anotado en el párrafo

final del apartado anterior, Virginia Woolf no es una lectora aficionada sino una lectora reflexiva que hace de la reflexión y la opinión argumentada los mecanismo a través de los cuales reivindica la formación del lector común. A su vez, como lectora que escribe sobre lo que lee, cumple la función de ser guía para comprender las luchas contra la tradición conservadora y el aumento de las posibilidades para acceder a la cultura letrada dentro de esa tradición.

La labor crítica consiste, por esta razón, en guiar a lectores y lectoras con la exactitud y el detalle suficientes para ser registrados en la escritura, al tiempo que rescata la función de la libertad intelectual de decidir sobre los acontecimientos propios de la cultura a los que se enfrenta. La escritura y la lectura, por esta línea de aspiración personal, deja de ser un privilegio de unos pocos y acerca los libros como productos de una tradición cultural a un público de personas libres con capacidad deliberativa. En este horizonte crítico, la formación de un público lector es lo que reafirma Virginia Woolf al lograr que el espacio de la biblioteca sea la representación del fortalecimiento de la aspiración formativa dentro de una cultura letrada.

3. De la biblioteca al mundo

La biblioteca es el escenario del mundo en el cual el conocimiento se hace expansivo a la mente de una persona atraída por una visión retadora de la cultura letrada y reflexiva con la lectura de lo libros notables de sus tradición literaria, donde se producen los retos de formación de lectores. La escritora inglesa atesora este escenario, aunque deja en claro que para la época que le ha correspondido vivir, ir a una biblioteca reproduce algunos privilegios que denuncia con vehemencia

[...] pero me encontraba ya ante la puerta que conduce a la biblioteca misma. Sin duda la abrí, pues instantáneamente surgió como un ángel guardián, cortándome el paso con un revoloteo de ropajes negros en lugar de alas blancas, un caballero disgustado, plateado, amable, que en voz queda sintió comunicarme, haciéndome señal de retroceder, que no se admite a las señoras en la biblioteca más que acompañada de un "fellow" o provista de carta de presentación. (Woolf, 1984, pp. 13-14)

Esta descripción deja al descubierto la dominación masculina sobre los privilegios de la cultura letrada que excluye, a partir de la cual surgen búsquedas que permiten superar esa exclusión. El lugar de esta búsqueda es la biblioteca misma, con la reivindicación del acceso a los libros que contienen y reproducen esa racionalidad letrada. La lucha que aparece representada aquí es la de una mujer que aspira al reconocimiento intelectual y a la superación de los privilegios patriarcales que no facilitan la búsqueda personal.

La búsqueda que emprende ella se configura en la escritura de reseñas y artículos como estrategia que reivindica el poder representativo de la biblioteca en tanto espacio inicial de libertad intelectual. Acercar aquellos libros a un público lector es el objetivo de sus reseñas y artículos tanto como forjar argumentos reflexivos en sus ensayos sobre las mujeres y la literatura. En su obra literaria narrativa la biblioteca aparece como un lugar en el que se configura el estado de ánimo y la condición de los pensamientos de los protagonistas. En *Entre actos*, el contrapunto de la biblioteca es la casa y los espacios domésticos que conforman el escenario de la vida doméstica

Una dama tonta y adúltera, deteniéndose en el umbral de lo que una vez había llamado “el corazón de la casa”, el umbral de la biblioteca, una vez había dicho: “ junto a la cocina, la biblioteca es siempre el ambiente más lindo de la casa”. Entonces agregó, cruzando el umbral: “los libros son el espejo del alma”
En este caso un alma empañada, con manchas. Porque como el tren tardaba más de tres horas para llegar a este remoto pueblo del mismísimo corazón de Inglaterra, nadie se aventuraba a un viaje tan largo sin haberse precavido contra una posible hambre mental, sin comprar un libro en el kiosco. Así el espejo que reflejaba el alma sublime, reflejaba también el alma aburrida. (Woolf, 2015, p. 21)

En este fragmento se observa como el transcurrir de lo cotidiano se opone a las sensaciones de una vida que deposita en los libros un dualismo entre ser y vivir una vida doméstica. La biblioteca es extensión de anhelos que superan el simple transcurrir de la cotidianidad rural, lo cual deposita en su espacio la confianza los pensamientos que orientan un

modo de vivir y proyectan posibilidades para que se pueda vivir de otra manera a como la tradición de una familia ha forjado la cotidianidad.

Lo cotidiano es un tema recurrente en la escritura ficcional de Woolf, ya que es ese el tema en el que configura el rechazo a la tradición masculina contra la que lucha y quiere poner en cuestión. Cuando ella escenifica el rol de las lectoras en sus reflexiones narrativas, las crea bajo el cobijo de la biblioteca, les asigna modos de pensar contrastivos con la cultura letrada y les da forma con libros que fortalecen sus luchas..

En la novela se visibiliza el conflicto entre una vida entregada a la cotidianidad de la vida doméstica rural y la necesidad de los libros que permiten superar esa rutina, depositando así el peso de los deseos en la biblioteca como espacio de huida mediante la lectura. El conflicto de esta dama fluctúa entre las labores domésticas ubicadas en la cocina y el cumplimiento de sus deseos ubicadas en la biblioteca. Este conflicto, aunque con otros intereses particulares, se observa cuando Bertrand describe lo que significa leer en el monólogo final de *Las Olas* y deja en evidencia el papel del de la lectura para la comprensión del yo íntimo expuesto a lo que lo rodea. Esta exposición a la época en que transcurre la trama de la novela es dicente

Voy a ir ahora a la biblioteca a sacar un libro y a leer y a mirar, y a leer más y a volver a mirar. He aquí un poema sobre un seto. Pasearé él y cogeré flores, nueza verde y flor del espino blanco del color de la luna, rosas silvestres y serpentina hiedra. Las tomaré en las manos y las pondré sobre la superficie brillante del pupitre. Me sentaré a la temblorosa orilla del río y miraré los nenúfares, anchos y luminosos, que dan luz al roble que colgaba sobre el seto bajo la luz luna de su propia luz acuosa [...]. (Woolf, 2012, p. 59)

El desplazamiento de las sensaciones que el personaje de la novela produce en contrapunto con la página que contiene el poema, se hace rutina sensible en el instante que la fusión de las sensaciones personales, las sensaciones líricas y las sensaciones naturales se mezclan en la superficie del pupitre. La intimidad del instante es depositaria de esta triple experiencia sensible: una lectora que arranca del espacio de la biblioteca el objeto que le permite hacer extensiva sus propias sensaciones.

En la escritora inglesa la biblioteca cumple la función metafórica de ser consignataria de anhelos y deseos que escapan de la rutina doméstica, al igual que proyecta pasiones que mezclan sensaciones íntimas de un ser consciente de su propia vida. Esta doble metaforización hace del ambiente de la biblioteca un sitio de contiendas que enfrenta ánimos y sensaciones, aspiraciones y fracasos, deseos y angustias. En la biblioteca, más que un refugio, se fortifican las defensas para hacer frente a los sucesos de la cotidianidad doméstica, los eventos de la época histórica y los encuentros con la intimidad propia. Lo que en un comienzo representa un sitio de contiendas poco a poco se transforma en un ambiente de respuestas a la exclusión.

En consecuencia, como garante de los repertorios intelectuales y sentimentales que son depositados en el refugio de la biblioteca, poder acceder a esos libros deja ver el interés de una lectora que enfrenta la crisis de su identidad, de su época (primera y segunda guerra mundial) y expone los reclamos contra los privilegios masculinos. La biblioteca adquiere el tono metafórico de identidad individual, de época histórica y luchas internas que se hace extensivo a la crítica literaria, tal como se lee en una anotación de su diario, fechada el 17 de septiembre de 1940

Sin invasión. Fuerte viento. Ayer, en la biblioteca pública, tomé un libro de crítica de Peter Lucas. Me quitó las ganas de escribir mi libro. Me hizo aborrecer toda crítica literaria: huele a cerrado; esas acrobacias tan sutiles, tan impalpables y los intentos de demostrar... que T. S. Eliot, por ejemplo, es peor crítico F. L. Lucas. Hojee el libro cinco minutos y, deprimida, lo volví a poner en el estante. El hombre preguntó: ¿qué desea, señora Woolf? Dije: Una historia de la literatura inglesa. Pero tenía náuseas, no podía ni mirar, de tantas que había. (Woolf, 1994a, p. 287)

Con esta anotación ella es consciente que la biblioteca alberga el encuentro con la crítica, aunque entre sus hábitos se hospede una la visión reduccionista al comparar de forma negativa las visiones ajenas sobre otros autores, propio de la crítica literaria abstracta que se instaló en los estantes de la biblioteca ahuyentando al lector. En todo caso, la hospitalidad de la biblioteca le permite la liberación al contacto con páginas en

beneficio, con su préstamo, de un encuentro cuya pluralidad favorece la existencia biblioteca misma,

Ese encuentro el libro y el lector en la biblioteca crea mundos posibles que hacen del reconocimiento una cualidad a la par que potencia el espíritu imaginativo y emancipador, ya que hace público el dominio de la lectura y el acceso a los libros, tal como lo detalla este hecho en “La torre inclinada”:

Este libro no fue comprado, no fue alquilado. Fue tomado en préstamo, en una biblioteca pública. Inglaterra lo prestó al lector común, diciéndole: “ya es hora de que incluso tú, a quien durante siglos te he impedido la entrada en cualquiera de mis universidades, aprendas a leer tu propia lengua materna. Quiero ayudarte”. Si Inglaterra se dispone a ayudarnos, nosotros debemos ayudarla a ella. Pero ¿cómo? Fijaos en lo que se dice en el libro que nos han prestado: “se ruega a los lectores que indiquen cuántos defectos observen a la biblioteca de la localidad”. Esta es la manera en que Inglaterra nos dice: “si os presto libros, espero que seáis críticos” (1977e, pp. 226-227)

La biblioteca, en este sentido, no sólo es una construcción que alberga miles y miles de páginas a la espera de un lector común, sino también la máquina del tiempo que transporta a mundos posibles literarios; de igual forma, es el sitio que rompe con la cotidianidad conservadora de las tradiciones que enfatizan privilegios excluyentes. Esta triple función, se complementa con la idea de La biblioteca con su carácter metafórico de identidad individual, época histórica y luchas internas. así, la experiencia de frecuentar la biblioteca es un experiencia histórica, social, individual.

El espacio figurado de la biblioteca traduce la fuerza crítica que choca contra las tradiciones patriarcales y combate estilos de vida que obstaculizan la libertad individual dentro de la cultura letrada. Para virginia Woolf, la experiencia de ser lectora crítica la vuelve sincera, no adolorada de lo que lee; la posiciona como jueza del tiempo bélico que le ha correspondido vivir, no siendo condescendiente con la cultura que conserva tradiciones excluyentes; la ha hecho experimental con su propia escritura, no repetidora del molde de su tradición literaria.

Conclusiones

En Virginia Woolf escribir sobre lo que ha leído pormenoriza la distinción del registro de voces, según la escritura sea de una obra narrativa de ficción, de una reseña, un artículo o un ensayo. Este registro, de manera simultánea, puntualiza el papel que cumple la reflexión y la pasión, define la existencia de un lector común bajo la guía de una lectora crítica y acentúa la importancia de la biblioteca como espacio de luchas personales y colectivas.

En tal sentido, la reflexión no la convierten en una lectora aficionada, ingenua, sino en una lectora disciplinada que hace de la argumentación escrita el mecanismo con el que reivindica la formación del lector común, al momento de escribir sobre lo que ha leído. En complemento, para ella la formación de un lector común la obliga a ejercer la labor crítica de guía de quienes tienen el deseo de leer. En este punto, el lugar de la biblioteca se revela como un espacio que representa las luchas que la propia escritora ha enfrentado..

Sobre el particular, la representación de la biblioteca es una máquina del tiempo que transporta a mundos posibles literarios que rompen con la cotidianidad de las tradiciones que enfatizan privilegios excluyentes, a la vez que adquiere tono metafórico de identidad individual en sus luchas internas contra la tradición letrada en la que ha vivido. Esta resistencia contra la tradición letrada llevan a Virginia Woolf a fortalecer su escritura de reseñas bibliográficas, artículos sobre libros y ensayos sobre temas asociados al papel de la lectura, lo cual afianza su imagen de una lectora nada común.

Nota

(1) «Por primera vez en la historia hay lectores —un gran número de personas, ocupadas en los negocios, en el deporte, en cuidar a sus abuelos, en amarrar paquetes detrás de mostradores— todos ellos leen ahora; y quieren quien les digan cómo leer y qué leer; y sus maestros —los reseñadores, los académicos, los locutores— deben facilitarles la lectura; [...]»
(Traducción del autor)

(2) «Porque En un cuarto propio se oye hablar a Virginia. En sus novelas está pensando. En su obra crítica a veces se escucha su voz, pero es un poco formal, un poco editorial» (traducción del autor)

(3) «Todas las comparaciones entre Murasaki y los grandes escritores occidentales sirven para resaltar su perfección y su fuerza. Pero, es un mundo hermoso; la dama callada con toda su educación, su perspicacia y su diversión, es una artista perfecta; y en los años por venir estaremos acechando sus arboledas, viendo salir la luna y caer la nieve, escuchando el llanto de los gansos salvajes y el tintineo y repique de sus flautas, laúdes y chirimías, mientras el Príncipe degusta y prueba todos los extraños sabores de la vida y baila tan exquisitamente que los hombres lloran, pero nunca pasa los límites del decoro, o relaja su búsqueda de algo diferente, algo más fino, algo retenido» (traducción del autor)

Referencias bibliográficas

Bell, Q. (1992). "Volume II. Mrs. Woolf. 1912-1941". En: Virginia Woolf: a biography. (pp. 1-226). New York: Quality Paperback Book Club.

Forrester, V. (1978). Virginia Woolf: el vicio absurdo. Barcelona: Ultramar.

Gordon, Lyndall. (1986). Virginia Woolf. Vida de una escritora. Barcelona: Seix Barral.

Woolf, V. (2016). [1916]. "Horas en una biblioteca". En: Horas en una biblioteca. (pp. 11-20). Barcelona: Seix Barral

Woolf, V. (2015)). [1941]. Entre actos. Buenos Aires: Losada.

Woolf, V. (2013). [1939]. "Reseñar". En: Leer o no leer y otros escritos. (pp. 199-220). Madrid: Abada

Woolf, V. (2012). [1931]. Las Olas. Barcelona: Edhasa.

Woolf, V. (2009). [1925]. "El lector común". En: El lector común. (pp. 2-3). Barcelona: Lumen.

Woolf, V. (1994a). [1977]. Diario íntimo III. (1932-1941). Barcelona: Grijalbo Mondadori.

Woolf, V. (1994b). [1925]. "The tale of the Genji". En: The essays of Virginia Woolf. Volume 4. 1925-1928. (pp. 264-268). New York: Harcourt.

Woolf, V. (1984). [1977]. Una habitación propia. Barcelona: Seix Barral

Woolf, V. (1977a). [1924]. "El señor Bennett y la señora Brown". En: La torre inclinada. (pp. 29-46). Barcelona: Lumen.

Woolf, V. (1977b). [1925]. "¿Cómo hay que leer un libro?". En: La torre inclinada. (pp. 47-62). Barcelona: Lumen.

Woolf, V. (1977c). [1922]. "Sobre leer novelas". En: La torre inclinada. (pp. 140-151). Barcelona: Lumen.

Woolf, V. (1977d). [1925]. "La impresión de un contemporáneo". En: La torre inclinada. (pp. 173-184). Barcelona: Lumen.

Woolf, V. (1977e). [1940]. "La Torre inclinada". En: La torre inclinada. (pp. 201-208). Barcelona: Lumen.

Woolf, V. (1977f). [1939]. Tres guineas. Barcelona: Lumen

Woolf, V. (1954). [1953]. Diario de una escritora. Buenos Aires: SUR

Woolf, V. (1932). A Letter to a young poet. London: Hoggart Press